

CONSEJO ECUMENICO DE LAS IGLESIAS -SECRETARIADO PARA LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

Hacia una Confesión de Fe Común (*) (1980)

PREFACIO

La comunión en la fe se halla en el centro de la comunión que las Iglesias se esfuerzan por recobrar. ¿Cómo llegar a ella? El texto que publicamos aquí representa una tentativa común de respuesta a esta pregunta por parte de teólogos de diferentes tradiciones.

En su cuarta relación oficial el Grupo mixto de trabajo entre la Iglesia Católica Romana y el Consejo Ecuménico de las Iglesias había puesto en primer plano el estudio de la unidad de la Iglesia (1975). El año siguiente se hizo necesario decidir el comenzar una reflexión común sobre «la unidad de la Iglesia: meta y camino», con miras a plantear más adelante la búsqueda de la unidad visible en una sola fe y una misma comunidad eucarística. El Grupo mixto de trabajo confió la organización de este estudio a la Comisión de Fe y Constitución, pero entendía que los resultados obtenidos habrían de ser sometidos al Grupo mixto de trabajo.

El primer tema abordado fue la unidad en la fe. Si, al hablar de la unidad, todos se refieren a la necesidad de profesar la misma fe apostólica, no todos entienden esta referencia de la misma manera. Sobre este asunto se tuvo un coloquio en Venecia (12-16 de junio

* Traducción al español del Prof. A. González-Montes, realizada sobre el original inglés, que el lector podrá encontrar en la edición del mismo por parte del CEI, en la colección *Faith and Order Paper*, 100 (Ginebra 1980).

de 1978). La relación fue presentada al Grupo mixto de trabajo en la reunión de febrero de 1979 en Louverain (Neuchâtel, Suiza). Este resolvió que el texto fuera sometido al juicio de un cierto número de teólogos de ambas partes y revisado después a la luz de sus anotaciones y sugerencias.

El texto presentado ahora aquí es el resultado de este trabajo. Se ha hecho un verdadero esfuerzo por incorporar las críticas de los cincuenta teólogos que se han pronunciado sobre el proyecto del mismo. La relación se publica ahora con la esperanza de que podrá dar lugar a un debate fecundo en torno al tema central de la búsqueda de la unidad.

Evidentemente, la discusión debe ser profundizada, en vista del acuerdo al que tendemos; el presente documento es un documento de trabajo que refleja el estado actual de esta discusión. Ha sido redactado por los teólogos de diversas iglesias, procurando indicar los puntos centrales sobre los cuales debe proseguirse el debate.

La urgencia del tema fue reconocida en la reunión de la Comisión de Fe y Constitución en Bangalore (1978), y se decidió profundizar en la discusión en los años venideros.

Pedro DUPREY

Lucas VISCHER

1. LA UNIDAD EN LA FE

La última década deberá ser considerada como una etapa capital en la búsqueda común de la unidad querida por Cristo. Se han dado pasos importantes en dos ámbitos esenciales: crecimiento de la comprensión mutua respecto de las diversas tradiciones, empeño común en el servicio al mundo en nombre del Evangelio, esfuerzos concertados con miras a la evangelización; y lo que es más importante aún, documentos de consenso, a pesar de las dificultades no resueltas sobre puntos esenciales, que se elaboran no sólo al término de los diálogos bilaterales, sino también por parte de las asambleas de las iglesias y grupos cristianos. Los textos de acuerdo sobre el bautismo, la Eucaristía y el ministerio elaborados por la Comisión de Fe y Constitución, cuya revisión se prepara, son una prueba de ello.

Todo esto nos da una profunda esperanza. En el estado de división en que estamos, en efecto, no se puede resolver la unidad visible, a menos que cada iglesia, volviéndose hacia Cristo, tome la decisión de arrepentirse en tanto que comunidad cristiana de pecadores. Su arrepentimiento no será auténtico, si no tiene la voluntad de hacer de su parte cuanto implica el restablecimiento completo de la comunión: conversión para retornar constantemente a la fuente que es Cristo, esfuerzo perseverante de purificación, auténtica vo-

luntad de cambio. No será constructor de la unidad quien no llega a ofrecer a los demás los bienes que le son propios; y que le caracterizan y a recibir de los otros aquello que le falta.

Así, pues, en lo profundo de un arrepentimiento tal debe hallarse la necesidad de ponerse de acuerdo sobre una profesión común de fe, que permita, después de siglos de recíproca exclusión, reconocerse como verdaderos hermanos, vivir en comunión, empeñarse conjuntamente en la misión sin ningún tipo de reservas. La fe, ciertamente, se expresa en registros diversos: vida litúrgica, enseñanza catequética, anuncio explícito de la palabra, testimonio ante el mundo; son los principales. Creer, en efecto, implica llevar una vida fiel a Cristo, poniendo bajo su autoridad la existencia entera y sus actividades. Por ello, allí donde los cristianos toman juntos ciertas actitudes en nombre de su fe, o donde se comprometen unidos por los valores encomiados por el Evangelio, esta acción común representa una confesión de su fe en acto. Mas es, asimismo, preciso que sepan quién es Aquél en quien creen, cuál es el Dios del que dan testimonio, cuál el contenido concreto de la salvación que les otorga. Las expresiones concretas de la fe en Cristo se hallan vinculadas y, en una cierta manera, sometidas a las expresiones doctrinales que traducen lo esencial del misterio cristiano y constituyen, más allá de las palabras, aquello que se llama la *regula fidei*. Esta representa algo así como la inteligencia del Evangelio por parte de la Iglesia. La plena unidad eclesial exige, pues, avenirse a confesar en común la fe en la oración, la acción, el testimonio, pero también en las fórmulas doctrinales. Sobre ellas en particular trataremos aquí, aunque pretendemos no aislarlas de toda la dinámica de la búsqueda común de la unidad. De la misma manera que una teología activa precede normalmente la enunciación de las doctrinas, la comunión en el empeño común en nombre de la fe lleva a la profesión de la fe común. Haciendo la verdad se llega a la luz.

2. LA FE APOSTOLICA

Los elementos esenciales del misterio cristiano nos son conocidos gracias al testimonio de la comunidad apostólica, transmitido por las Escrituras. Estas son el fruto del Evangelio y de la acción del Espíritu en la Iglesia primitiva. Por una parte, ellas dan testimonio de aquello que la Iglesia apostólica comprendió del misterio de Cristo. Por otra, empero, la verdad que transmiten no sería plenamente aprehendida sino en el contexto de vida de la comunidad de los primeros tiempos, fiel a la enseñanza de los Apóstoles, a la comunicación fraterna, a la fracción del pan y a la oración (cf. Hech 2, 42). De modo que podemos decir que nosotros existi-

mos como cristianos en virtud de la tradición apostólica (la *paradosis* del *kerygma*), atestiguada en la Escritura, transmitida en la Iglesia por ella bajo el poder del Espíritu Santo. Así entendida la tradición se actualiza en la predicación de la Palabra, la administración de los sacramentos, el culto, la enseñanza cristiana, la teología, la misión, el testimonio rendido a Cristo por la vida de los cristianos (cf. Montreal 1963, sección II, 45-46).

Después del período apostólico, normativo, la Iglesia, portadora del Espíritu, pero comprometida en la historia, se ha visto llevada a explicitar la fe recibida de los Apóstoles. Aquello que ella vivía en su liturgia y de lo que ella daba testimonio, a veces hasta el martirio, se vió obligada a expresarlo en términos que le permitían conservar su unidad y dar cuenta de su esperanza. Con el tiempo se vió inmersa en una cultura particular, impregnada de los conceptos de una filosofía griega deudora de situaciones políticas diversas. Sin embargo, el esfuerzo por encontrar en este nuevo contexto cultural e histórico una expresión adecuada de su fe vino a constituir una contribución esencial para la prosecución de su historia. Con la formulación de la fe se ha visto enriquecida la herencia cristiana. El Espíritu, en verdad, ha conducido a la Iglesia a explicitar los elementos necesarios de su comunión con la fe apostólica.

Este período de creatividad es el de los Padres, el de los credos, el del nacimiento de las grandes liturgias, de los grandes concilios. Las definiciones conciliares sobre la Trinidad de Dios y la persona de Jesucristo, en particular, con el fin de proteger la fe de las desviaciones que la habrían pervertido, han conferido a la Iglesia una visión firme de los puntos que constituyen el corazón de su inteligencia del misterio de Cristo. Ciertamente que a través de cada etapa la Iglesia vivió y creció en el Espíritu Santo, edificándose así en la caridad y en la fe; pero también, desde las divisiones, las iglesias han vivido para sí mismas, ya sea por lo que se refiere a los decretos conciliares o ya sea por lo que se refiere a las confesiones de fe a las que ellas reconocen verdadera autoridad. Si bien esta autoridad queda siempre sometida a la autoridad de las Escrituras, así como a la de los documentos universalmente recibidos y que conciernen al centro de la fe, y que la Iglesia mantiene recibidos de ese período calificado por esto mismo de período creativo.

3. EL CONTENIDO DE LA FE APOSTOLICA

El Nuevo Testamento en sí mismo da testimonio de la manera en que, en contextos y situaciones diversas, la Iglesia apostólica concibió el contenido de fe necesario para la salvación. Afirmaciones muy breves —tales como «Jesús es el Señor»— fueron ex-

plicitadas en profesiones de fe más amplias. Así estos dos versículos de la Carta a los Romanos que ponen el acento sobre el acontecimiento de la muerte y de la resurrección como corazón de la fe: «Si con tu boca confiesas a Jesús como Señor, y en tu corazón crees que Dios lo resucitó de entre los muertos, te salvarás» (10, 8-10). Un texto como Juan 3, 16 insiste sobre todo en la fuente y meta del misterio de fe, es decir, el amor del Padre y la vida eterna: «Dios amó de tal manera al mundo, que entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna». En otro contexto, probablemente litúrgico (Ef 1, 3-23), la expresión de la fe adquiere una amplitud tal que incluye una evocación de la historia de la salvación, conteniendo ya las raíces de la profesión trinitaria, y concluye con una visión de la Iglesia como Cuerpo de Cristo a la espera de su plenitud.

En este período apostólico, los contextos culturales y las situaciones históricas explican la diversidad de caminos en la intelección del misterio y la diversidad de formas que toma la profesión de la única fe. La profesión de fe eclesial se inscribe en la promesa del mismo Jesús de salvar a aquellos que lo confiesen ante el mundo (Lc 12, 8-9). Su propósito es siempre el de hacer que cada cristiano alcance la salvación. A lo que también se añade la necesidad congregada para el culto. De aquí nacerán las profesiones bautismales, que serán como el sello litúrgico, que lo resume en sus puntos esenciales, del proceso catequético. Muy pronto la negación de puntos centrales de la fe en la comunidad provoca —desde la época del Nuevo Testamento— declaraciones del tipo de 1 Jn 4, 2-3 ante las infiltraciones gnósticas: «Todo espíritu que profesa la fe en Jesucristo venido en carne, procede de Dios; y todo espíritu que no profesa la fe en Jesús no procede de Dios». La predicación de Pedro el día de Pentecostés se halla ella misma condicionada por el contexto judío. Los credos clásicos, por su parte, difieren según las circunstancias de su aparición: el símbolo de los Apóstoles procede de la liturgia bautismal, en tanto que el de Nicea (Constantinopla) fue compuesto con el propósito de defender la fe tradicional de sus desviaciones. Todos insisten, sin embargo, en la persona y la obra de Jesús. La salvación —por la remisión de los pecados y la llegada del mundo nuevo que inaugura la resurrección— es, según dicen, el objetivo de la venida de Dios en carne. Insertos en la liturgia bautismal y después en la Eucaristía, los credos cobrarán importancia para el curso de la tradición. Llegarán a ser, en efecto, el signo y el texto de la fidelidad al contenido de la fe apostólica.

El nacimiento de las herejías, la necesidad asimismo de expresar el Evangelio en función de nuevas culturas obligarán bien pronto a las iglesias a explicar el sentido de la profesión de fe en Jesús Señor y Salvador. Se afirmará que es verdadero Dios y verdadero hombre, dos naturalezas unidas en una sola persona. Esta será la

obra de los grandes concilios. Del Dios de la fe dirán que es uno en tres personas. La Iglesia afirmará además que, desde Pentecostés a la parusía, ella tiene la misión de ser instrumento del Espíritu para liberar a la humanidad gracias al perdón de los pecados y a la instauración de la nueva vida, sobre todo por la predicación de la palabra y la celebración de los sacramentos del Señor.

Sin embargo, la fe que se traduce así en los símbolos o en las declaraciones conciliares es también la que se expresa, se nutre y se profundiza en la vida de la comunidad. Las fórmulas de fe no encuentran su significación más que ligadas a la totalidad de la experiencia cristiana. Por esto además, en el período que calificamos de creador, se reconoce unánimemente que la fidelidad con que se sella la adhesión a las afirmaciones dogmáticas es profesada por excelencia en el memorial eucarístico, sacramento de la comunión en el Cuerpo de Cristo. Guardián del buen depósito de la fe, el ministerio apostólico tiene por función ser el garante del vínculo que une la celebración eucarística de cada comunidad —y, por tanto, de su fe— con la de las otras comunidades, y del vínculo de todas con la comunidad apostólica.

Amenazada sin cesar por el cisma, la comunidad cristiana ha conocido desde sus comienzos tensiones e incluso divisiones. Algunas de ellas condujeron más tarde a divergencias fundamentales sobre la manera como la Iglesia se comprende a sí misma como Iglesia y comprende su propia naturaleza. Las iglesias siguen sin entenderse a propósito de aquello en que consiste la plena manifestación del designio de Dios a través de ellas. Algunas, de hecho, atribuyen una importancia esencial a los elementos visibles, en particular a los sacramentos, mientras otras entienden que la realidad invisible de la gracia es lo único verdaderamente esencial incluso en el tiempo que va de Pascua a la llegada definitiva del reino de Dios. Estas divergencias se hallan, por otra parte, estrechamente ligadas a las diferentes visiones de la justificación. Es preciso reconocer, por ello, que esto no ha impedido a las iglesias el llamarse a sí mismas portadoras del Espíritu, encargadas de llevar al mundo la salvación. A pesar de las divisiones, Cristo no les ha retirado su gracia, y el bautismo celebrado en fidelidad a la tradición apostólica inserta a todos los creyentes en el cuerpo eclesial. Resta, empero, el hecho de que el escándalo de nuestras divisiones hiere gravemente la voluntad de Dios sobre su pueblo y constituye uno de los obstáculos mayores para la credibilidad de nuestro testimonio.

4. LA FORMA DE UNA PROFESION DE FE HOY EN DÍA

Las antiguas profesiones de fe y las grandes definiciones conciliares respondían, frecuentemente, ya a los desafíos lanzados por

las tensiones entre la expresión adecuada de la fe y las nuevas culturas, ya a los problemas internos a la comunidad cristiana. Era preciso permanecer fiel a la catolicidad del mensaje evangélico, destinado al conjunto de la humanidad de todos los tiempos igual que a todos los ambientes, y a su contenido auténtico, sobre todo en lo que concierne a la persona de Jesús, revelación de la gracia salvífica de Dios. Las fórmulas de fe esclarecían así la existencia cristiana, remitiéndola a su fuente y a su sentido. Al mismo tiempo permitían a cada comunidad permanecer como tal y mantenerse en comunión con el conjunto de las comunidades cristianas, a pesar de las tentaciones de división e incluso de cisma.

Hoy en día la Iglesia se encuentra confrontada con dificultades análogas. Estas provienen a la vez de la toma de conciencia por parte de las iglesias de una relación estrecha con las culturas donde ellas mismas se enraizan y de la situación de división, que es la nuestra. Le falta descubrir cómo vivir la fe de tal manera que dé con el lugar por donde pasa la esperanza de las aspiraciones de los pueblos y las personas hoy en día, y cómo proclamar unánime esta fe sobreponiéndose a sus divisiones. Estos dos cometidos son, en efecto, complementarios. Se le exige a la Iglesia que proclame la fe tradicional con formas nuevas, en función de las nuevas condiciones de la humanidad; pero esto no podrá hacerlo de manera creíble sin apoyarse sobre el testimonio de su unidad en la confesión de Cristo. Por otra parte, para salir del estancamiento al que han conducido las divisiones confesionales, la Iglesia necesita una expresión de fe, fundamental en este plano, que restablezca la confianza mutua entre las iglesias y despeje las sospechas y reservas. Pues el estado de desunión, traído por un pasado largo de polémicas hace que no estemos siempre seguros de ser unánimes aun en los puntos esenciales, temiendo que una divergencia en la interpretación pueda encerrar un desacuerdo más profundo, que afecte a la fe misma.

En nuestro mundo, la fe apostólica se encuentra provocada por todas partes. Esta impugnación afecta en primer lugar a la creencia en Dios Creador, que lleva al mundo a su cumplimiento. Sin el sentido del misterio divino, trascendente y ya presente en el corazón del mundo con el poder de reconciliarlo y de renovarlo llevándolo a su perfección, la fe cristiana perderá su fundamento. Pues este misterio del Dios trascendente se hace presente en el mundo por medio de Jesucristo en su Iglesia. Hoy día esta verdad es impugnada —en muchos casos— más que por un ateísmo teórico, por una actitud práctica comunmente extendida, que ve el mundo visible y finito como la única realidad segura con la que puede contar la humanidad. Las iglesias, pues, tienen que decir de nuevo la palabra de fe, transmitida desde la comunidad apostólica, que aporte la luz en esta situación. Si bien, deben al mismo tiempo expresarse de una forma nueva, que preserve a nuestros contem-

poráneos de la ilusión de una emancipación de toda dependencia (incluida la de Dios) y del sueño de alcanzar la plenitud por las solas fuerzas humanas.

Para la fe, sabiendo que la persona no es perfectamente libre mas que en el seno de su relación con Dios, esta ilusión lleva a la pérdida de la verdadera libertad. La Iglesia entiende asimismo que la vocación comunitaria de la humanidad no se satisface integralmente en la comunidad social y política (con las transformaciones que se imponen), sino en el reino de Dios, porque ella sabe que el hombre no lo es plenamente sin la gracia. Manteniendo la esperanza en relación con la resurrección de los muertos, el reino de Dios se halla misteriosamente presente bajo los signos de la vida sacramental. A veces, por otra parte, elementos de la tradición cristiana, incluida la fe, son apropiados por los poderes políticos o los movimientos de derecha o de izquierda para fines radicalmente incompatibles con el espíritu evangélico. Importa, pues, destacar cuanto se opone a tales utilizaciones. Pero aquí las simples protestas o las acusaciones vagas no bastan. Es necesario una expresión firme y precisa de la convicción evangélica y de aquello en que se apoya.

Otras necesidades del mundo contemporáneo pueden conducir a las iglesias a dar un nuevo relieve a aspectos de los textos apostólicos que en el pasado no entraban en el objeto explícito de las profesiones de fe. La confesión de Cristo implica hoy en día una insistencia particular en el lazo entre la salvación cristiana y la instauración en nuestro mundo de un estado de justicia y de paz, que quiera abolir las discriminaciones, y que anuncie así el reino de Dios inaugurado en Jesús. Esto puede llegar a ser una prioridad cuando se trata de defender la dignidad de la persona, en las regiones o en las circunstancias donde se encuentre amenazada. De cualquier manera es claro que esta profesión verbal no será auténtica, si lo que expresa en palabras no encuentra una expresión práctica en la actividad de las comunidades eclesiales por secundar los esfuerzos que se hacen, en todas las partes del mundo, por el establecimiento de la justicia y el respeto de los derechos humanos. Se trata aquí, en efecto, de la confesión de la misma fe apostólica, pero bajo su aspecto existencial sin el cual la profesión del credo del pasado quedaría profundamente debilitada. La confesión de Cristo en la acción representa, de hecho, la conclusión lógica de la adhesión a los artículos fundamentales de la fe sobre Dios creador y la encarnación «propter nos homines et propter nostram salutem».

No corresponde, pues, a cada iglesia, evidentemente, rehacer el credo tradicional, sino traducir la confesión de fe apostólica en función de su contexto cultural o de su situación histórica. Es claro que cada una **debe** permanecer atenta a no dejar en la sombra la comunión personal con Dios, sobre la cual, en virtud del misterio

de Cristo, descansa la fe. Pues el acto de fe no termina en las fórmulas, expresando de manera inteligible el misterio de Dios y de su Salvación o dictando un comportamiento evangélico. Su objetivo es la persona misma de Dios, más allá de la imagen o la idea que, gracias a la revelación, nos hacemos de él de manera siempre limitada. Los textos apostólicos nos presentan la fe como un dinamismo vital por el cual la persona entera (espíritu, corazón, voluntad) acoge a Jesucristo, reconociéndole como su Dios y salvador, por el Espíritu Santo, y entregándose ella misma a él en todo aquello que lleva consigo y promete su misterio. Entregándose a nosotros, él nos ha dado de hecho, siempre por medio del Espíritu Santo, el que nosotros podamos darnos a él. Conversión y docilidad al Espíritu encuentran aquí su fuente. Y así se explica el compromiso común de las iglesias en el esfuerzo para que brille ya la nueva creación, de la cual es Señor Cristo resucitado.

5. UNIDAD DE FE Y COMUNION DE LAS IGLESIAS

Desde la asamblea de Nairobi, la atención de Fe y Constitución se concentra sobre todo en la «comunidad conciliar», resultado final de la búsqueda ecuménica, desde la cual las iglesias se hallarán vinculadas en una auténtica comunión. Para llegar a este resultado se ha hablado incluso de un compromiso previo de todas las iglesias en la preparación de un concilio. Sin embargo, si se aspira a que éste revista el carácter ecuménico de los primeros concilios, importa que previamente las iglesias participantes se reconozcan ya mutuamente en la misma fe, en el mismo bautismo, en la misma Eucaristía y admitan la equivalencia de sus ministerios respectivos. En este propósito se podría pensar, al término de la preparación en la que ya nos encontramos implícitamente comprometidos, en una asamblea de reconciliación. El consenso sobre el bautismo, la Eucaristía y el ministerio, una vez logrado y aceptado por la asamblea de las iglesias se convertirá en una etapa prometedora a lo largo de este camino.

Una tal reconciliación requiere, empero, hayan conducido con éxito su búsqueda de un auténtico consenso concerniente a la fe, con miras al momento en que llegarán a proclamarla «con un solo corazón y una sola voz, para gloria de Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo» (Rom 15, 6). En el contexto actual, para obtener algún impacto y servir de apoyo seguro al testimonio, la profesión de fe no puede, en efecto, menos de ser ecuménica. Ciertamente, en tanto que no se detiene en las proposiciones a las cuales se adhiere la inteligencia creyente sino que tiende a la realidad trascendente que las palabras pretenden expresar, el acto de fe trasciende las divisiones o las querellas confesionales. Por tanto éstas no supri-

men ni su objeto ni su importancia, ni la necesidad de intentar sobrepasarlas, si las iglesias quieren responder plenamente al designio de Dios tal como lo proclamó Jesús: «que todos sean uno para que el mundo crea que Tú me has enviado».

Detrás de esta búsqueda de un consenso sobre la fe debe hallarse la voluntad de comprender a las otras iglesias y de no anatematizarlas, sin por ello renunciar a hacerles descubrir las razones objetivas que muestran que tal o cual posición de principio de una iglesia determinada se opone a la verdad de la fe. La traducción de la fe apostólica por parte de una Iglesia, en función de su contexto particular, no debería, ciertamente que no, llevar a la destrucción de la profesión de la fe eclesial. Allí donde esta traducción conserva aquello que el período creativo la Iglesia consideraba como esencial para su fe, las iglesias de otras regiones —sobre todo aquellas que han contribuido a la aparición de nuevas cristiandades en lugares diferentes del mundo occidental— deberían estar prestas a aceptarlo. Este reconocimiento de la verdadera fe bajo formas que, quizá, no son ya las que a ellas le han sido legadas, forman parte de su conversión a las exigencias concretas de la unidad, en las condiciones que son de hoy en adelante las nuestras. Tal reconocimiento representa asimismo una comunión en el misterio de Aquél que «de rico se hizo pobre» para que se cumpliera el designio del Padre.

Es necesario, además, aceptar no exigir más que aquello que requiere una verdadera comunión, que lleva a aquello que se puede llamar el corazón esencial de la fe cristiana. Entendemos por tal el que contiene, al menos implícitamente, todo aquello sin lo cual el misterio revelado en Jesucristo se tornaría irremediablemente falseado o empobrecido de tal manera que la convicción maestra de la comunidad apostólica perdería su sentido. Las iglesias para las cuales el contenido de la fe se expresa en una formulación más amplia no han de considerar *a priori* que las demás iglesias, menos explícitas en sus tradiciones doctrinales, traicionan voluntariamente la plenitud de la herencia cristiana. Deben dar su confianza a cuanto se halla implícito y a la vivencia a la que ello da lugar. Por su parte, evidentemente, las iglesias más sobrias en su enunciado doctrinal y en su vida sacramental han de guardarse de considerar *a priori* a las otras iglesias, más abundantes en formulaciones de fe y en ritos, como mancillando la pureza de la fe con sobreañadidos adventicios y parásitos. No deben adoptar una actitud negativa, sino dejar abierta la cuestión. Las iglesias tienen, pues, que precisar lo que en sus cuerpos doctrinales juzgan que es el punto en el que ellas se ven obligadas a exigir la afirmación explícita del mismo por parte de las demás iglesias para que la unidad en la fe que Dios mismo quiere dar a su Iglesia llegue a ser realidad; o, por el contrario, lo que puede

permanecer implícito como un aspecto parcial, sin que por lo tanto se halle radicalmente comprometida. Una vez reconciliadas, las iglesias crecerán juntas hacia la plenitud de la verdad.

La diversidad de las expresiones doctrinales no constituye necesariamente el signo de una ruptura en la fe. Sólo aquello que contradice o niega la fe apostólica debe ser reconocido como un obstáculo a la comunión eclesial. Mejor, no solamente la unidad en la fe no se opone a la admisión de una diversidad de tradiciones, de acentuaciones doctrinales y de síntesis teológicas, sino que con mucha frecuencia las reclama. Se manifiesta así la trascendencia del objeto de la fe y su inagotable riqueza.

CONCLUSION

Hemos señalado la importancia del empeño común de los cristianos en la evangelización del mundo y de los esfuerzos para hacer de él «el mundo que Dios quiere». Con frecuencia los cristianos viven ya en el misterio de una comunión de fe que no aciertan todavía a expresar adecuadamente en acuerdos doctrinales plenamente satisfactorios. Comprometidas ya de esta forma en la marcha hacia la «comunidad conciliar», las iglesias podrían desde ahora unirse en una proclamación doxológica de su fe, aquella del himno que abre la Carta a los Efesios. (1, 3-23) al tiempo que prosiguen su búsqueda de un acuerdo doctrinal. Si la fe se dirige directamente a Dios, el lenguaje doxológico lo expresa mucho mejor que lo hacen las palabras de los símbolos dogmáticos. Este texto inspirado, que pertenece a nuestra herencia común y asume la verdad de la fe, escapando a las querellas doctrinales, podría llegar a ser la bendición inicial de nuestras reuniones ecuménicas y la profesión común de la fe que pretendemos poder expresar con más claro discernimiento.